



# LA VETERINARIA ESPAÑOLA,

## REVISTA CIENTIFICA DECENAL.

(CONTINUACION DE EL ECO DE LA VETERINARIA).

**Precios de suscripcion.** Al periódico y a las obras, en Madrid, un mes 6 reales; tres meses en provincias, 18 reales (ó 42 sellos del franqueo); un año en Ultramar, 90 rs. y 100 por otro en el extranjero. A una sola publicacion, los dos tercios de precio señalado en cada punto; Solo se admiten sellos de los pueblos en que no hay giro.

**Puntos y medios de suscripcion.** En Madrid, en la Redaccion, San Roque, 8, bajo. En provincias, por conducto de corresponsal ó remitiendo á la Redaccion, en carta franca, libranza sobre correos ó el número de sellos correspondiente.

### ADVERTENCIA.

Los señores corresponsales y suscritores de las publicaciones de esta empresa tendrán la bondad de girar á favor del Administrador de la misma el total importe de las cantidades porque se encuentren en descubierto, con el objeto de liquidar sus cuentas antes de que finé el presente año.

L. F. GALLEGO.

### MEMORIA

sobre las enfermedades de las cavidades nasales que suelen confundirse con el muermo, consideradas principalmente bajo el punto de vista de la práctica.

Por L. V. DELWART.

Profesor de clinica en la Escuela Veterinaria de Bruselas.  
(Traduccion de L. F. Gallego).

**Sétimo hecho.**—Hacia el fin de 1851, presentaron en la clinica de la Escuela un caballo castrado de tiro ligero, bayo oscuro, de ocho años, sospechoso de muermo.

Arrojaba, desde tres meses hacia próximamente, una materia muco-purulenta amarilla por la nariz izquierda; estaban infartados los ganglios linfáticos sub-maxilares; el hueso frontal del mismo lado habia sufrido cierta elevacion y ofrecia un sonido mate cuando era percutido; por lo demás, el estado general era satisfactorio.

Aunque el diagnóstico fuese oscuro, el color

de rosa y la limpieza de la membrana pituitaria alejaron de mí la idea de muermo; y siguiendo mis consejos, el propietario consintió en la trepanacion, que fué practicada en el acto.

El seno frontal se encontraba lleno de una materia muco-purulenta espesa, y lo mismo el seno maxilar correspondiente. Después de deterger esgré observar bien en la trepanacion, tres estensas ulceraciones, de bordes invertidos y duros, que yo consideré como consecuencias de la irritacion prolongada de la membrana y de la presencia permanente del producto de la secrecion morbosa, suministrado en gran abundancia. Estas ulceraciones fueron cauterizadas con la mistura de Villate, y una inyeccion del mismo liquido terminó la primera parte del tratamiento. Adapté un taponcito de corcho á la abertura del trépano, y el caballo fué conducido nuevamente á casa de su dueño, habiendo encargado que todas las mañanas lo llevaran á la cura de la escuela.

Al siguiente dia, después que hube inyectado agua tibia para deterger las partes, introduje por la abertura del trépano en el seno maxilar, y por medio de una sonda en figura de S, algunos lechinos de estopa, que arrastraron consigo una cantidad bastante considerable de un liquido agrisado oscuro y varios restos membranosos producidos por la mistura escarótica que se habia inyectado el dia antes. Cautericé de nuevo las úlceras y practiqué otra inyeccion de la precitada mistura. Este tratamiento continuó así por cinco dias consecutivos. La naturaleza del flujo se modificó hasta el



punto de ofrecer un aspecto blanquizco, purulento, y entonces reemplacé las inyecciones escaróticas por una disolución de alumbre cristalizado (25 gramos por medio kilogramo de agua común).

Repetidas estas inyecciones astringentes todas las mañanas, y observándose con rigor los cuidados de limpieza, etc., dieron por resultado al cabo de quince días una curación radical, es decir, la cicatrización de las úlceras, la desaparición de los infartos y la cesación del flujo. En esta época, notábase todavía la salida, por la nariz, de un pus granuloso, blanco, que era producido por la exfoliación de la parte huesosa del contorno que limitaba la abertura del trépano y por algunas esquirlas desprendidas del frontal. Pero un mes más tarde, cuando estuvo terminada la eliminación de las esquirlas, no quedó más vestigio de esta enfermedad que una ligera cicatriz en la frente.

El caballo que nos ocupa se encontraba todavía en la posesión de su dueño seis meses después, y ningún indicio de reaparecer la enfermedad se ha presentado. — Es de notar que este animal no cesó de desempeñar su trabajo, mientras duró el tratamiento.

*Octavo hecho.* — En enero de 1852, me presentaron un caballo castrado de seis años de edad, que ofrecía los síntomas siguientes:

Flujo abundante por la nariz izquierda, infarto de los ganglios linfáticos submaxilares del mismo lado, algo decolorada la pituitaria, aunque tersa y sin erosiones; el hueso frontal ligeramente abovedado, daba un sonido mate á la percusión; el aire espirado tenía un olor bien distinto de caries. Este último fenómeno alejaba toda idea de muermo; y aconsejé al propietario que no matase al animal y que lo confiara á la clínica de la escuela.

Al día siguiente practiqué una corona de trépano en la parte más saliente del frontal; pero su poca consistencia no pudo soportar la presión del instrumento que á la primera vuelta se hundió en el seno, ocasionando así, en lugar de una abertura redonda de bordes regulares, una ancha, irregular y con muchas esquirlas. El seno frontal estaba lleno de materia purulenta, que exhalaba un olor repugnante de caries; la base de los cornetes, así como las volutas etmoidales, eran el sitio de numerosas ulceraciones de bordes rojizos e indurados.

El descubrimiento de estas lesiones vino á confirmar mi diagnóstico: no tenía que habérmelas con el muermo crónico, sino con una caries del

hueso frontal de los cornetes y de las volutas del etmoides. — Lavé todas estas partes con inyecciones de agua tibia, cautericé los puntos ulcerados con la mistura de Villate, y terminé la primera cura por la aplicación de un lechino de estopa en la abertura del trépano.

Por espacio de seis días consecutivos hice inyectar todas las mañanas unas dos onzas y media del licor escarótico de Villate, teniendo cuidado de hacer que cada vez precediera á la inyección medicamentosa otra de agua tibia, para desembarazar los senos y la cavidad nasal de las mucosidades purulentas y restos membranosos que se encontraban allí acumulados. Al cabo de este tiempo sobrevino un cambio notable: no era ya tan pronunciado el olor de caries; la materia del flujo, gris amarillenta al principio, se hizo blanca, coposa, y las úlceras de los cornetes, como igualmente las de las volutas del etmoides, se encontraban casi cicatrizadas.

Desde entonces, las inyecciones escaróticas fueron reemplazadas por una solución de alumbre cristalizado, en la proporción de 25 gramos por un cuartillo de agua común, que se inyectó todos las mañanas durante 26 días. Transcurridos estos, la materia del flujo era un verdadero pus granuloso, blanco, proveniente de las esquirlas del hueso de este resultado, cesó todo tratamiento, si se exceptúa los cuidados de limpieza.

El dueño dejó todavía que permaneciese tres semanas su caballo en nuestras enfermerías, á causa de un ligero flujo purulento que le daba cierta inquietud. Después le vendió por 300 reales, y el nuevo propietario, que conservó el animal por espacio de tres años, lo vendió luego en 1500 reales. Este caballo existe hoy día (1858), sin haber vuelto á presentar más síntomas de la afección que tuvo.

*Noveno hecho.* — El 8 de Setiembre de 1852, fué enviada á los hospitales de la escuela Veterinaria una yegua de tiro, de edad de quince años, creyéndola atacada de muermo crónico.

Arrojaba este animal por la nariz izquierda una materia sero-purulenta de color gris verdoso; el aire espirado por dicha nariz exhalaba un olor repugnante de caries; los ganglios linfáticos del mismo lado se hallaban ingurgitados ligeramente y la pituitaria decolorada; la mitad izquierda del frontal, así como la parte superior del supranasal correspondiente, presentaba una elevación bastante pronunciada, muy sensible á la percusión, la cual ofrecía un sonido mate. El estado general era satisfactorio.

Habiéndome asegurado, por el exámen de la boca, de que el punto de partida de la afección no existía en esta cavidad, diagnosticué la caries de una parte del frontal y del supranasal, y manifesté claramente al propietario cuál era el estado de su caballo.

Acto continuo, fué practicada una corona de trépano por encima del nivel á que se encuentra el ángulo nasal del ojo, á dos centímetros próximamente de la línea media. Apenas el trépano perforó el hueso, cuando salió cosa de un cuartillo de materia con un olor infecto, mezclada á restos de tejidos. Algunas inyecciones de agua tibia me permitieron reconocer las lesiones siguientes:

La membrana mucosa se encontraba engrosada, blanduja y blanquizca, ofreciendo en diversos puntos erosiones estensas, si bien poco profundas; la cara interna del hueso frontal y del supranasal estaban cariadas, desprendiéndose de ellas algunas pequeñas esquirlas.—En esta cura, me limité á tapar la abertura hecha por el trépano con un tapon de corcho.

El día 9 tuvo lugar, por dicha abertura, la salida de una cantidad considerable de liquido sero-purulento, sobre todo cuando se hacia bajar la cabeza al animal. Esploré por medio del dedo el seno maxilar, y le encontré completamente lleno de liquido; por cuya razon, practiqué una segunda corona de trépano por encima de la cresta cigomática á un través de dedo de su estremidad, y en seguida salió por la abertura gran cantidad de un liquido enteramente análogo al que encerraba el seno frontal. Unas cuantas inyecciones de solución de hipoclorito de cal, con el fin de disipar el olor infecto de caries, sirvieron para deterger estas cavidades. Se dejó el animal sujeto á condiciones higiénicas.

En los días 10, 11 y 12, las inyecciones detergentivas de agua clorurada fueron seguidas de otra inyeccion hecha con la mistura de Villate en cantidad de dos onzas.

El día 13 continuaba el flujo tan abundante como en los anteriores, sin haber disminuido el olor de la caries. Lavé bien las partes, como de costumbre, y queriendo producir una cauterizacion mas fuerte, con la mira de destruir la caries, coloqué un tapon de estopa en el fondo del seno frontal para interceptar su comunicacion con la cavidad nasal, volví á poner el tapon de corcho en la abertura del maxilar, y vertí, finalmente, por la del frontal nueve onzas de la mistura de Villate, que hice retener en el seno por espacio de dos horas.—Esta cauterizacion profunda produjo un estado satisfactorio: diariamente se observaba la

evacuacion de escaras agrisadas, á beneficio de las inyecciones con la solución del hipoclorito de cal, y el olor de caries disminuía sensiblemente: por último, el día 20 pudo ya percibirse la formación de botones célula-vasculares de un hermoso color rosado y recubiertos de un pus loable.

El día 21, el flujo, que era insignificante, consistía en un pus blanco, granuloso; un ligero olor de caries se notaba todavía, y no cesó hasta después de la exfoliacion completa del contorno de la abertura de trépano; reemplacé los taponés de corcho por otros de estopa, cuyo volumen se fué disminuyendo á medida que la cicatrizacion se operaba.

Finalmente, el 5 de enero era radical la curacion, y el animal volvió á su propietario, sin haber después presentado el menor indicio de enfermedad.

**Décimo hecho.**—El 18 de enero de 1853, un negociante de Bruselas, presentó en la clínica un caballo, de edad de doce años, que desde dos meses antes presentaba un flujo considerable de moco purulento y blanquizco por la nariz derecha; los ganglios linfáticos submasilares correspondientes al dicho lado ofrecia la ingurgitacion propia de los infartos; pero esceptuándose algunas pequeñas erosiones, la pituitaria conservaba su natural aspecto. Diagnosticué un catarro nasal crónico.

Por los conmemorativos que refirió el propietario, supe que este caballo habia estado sometido á diversos tratamientos, aunque infructuosos, puesto que la enfermedad mas bien parecia agravarse que disminuir, y que los baños de vapor emolientes y aromáticos tampoco produjeron efecto. Decidido enteramente á no perder tiempo, como los profesores que me habian antecedido, practiqué una corona de trépano en el seno frontal derecho, cuya abertura dió salida á una cantidad considerable de materia purulenta. Inyecté en el seno, primero agua tibia para limpiar las partes, y después tres y media onzas de la mistura de Villate.

Continuaron estas inyecciones los cuatro primeros dias reemplazándolas después por una solución de alumbre cristalizado.

El 2 de febrero, hallándose interrumpida la comunicacion que existe naturalmente entre la cavidad nasal y el seno frontal, trepané el seno maxilar correspondiente; y salió al exterior una masa de liquido parecido al que el seno frontal contenia. Se continuó con las inyecciones de alumbre cristalizado.

El 5 de febrero estraje del seno frontal, con el auxilio de unas pinzas anatómicas, varias placas anchas y espesas de materia purulenta concreta;

dando por resultado esta operacion el restablecimiento de la comunicacion interrumpida. Desde este dia las inyecciones de alumbre fueron reemplazadas por una solucion de sulfato de zinc, en la proporcion de trece dracmas de sulfato por un cuartillo de agua comun.—El 13 de marzo era la curacion completa.

(Se continuará) L. F. GALLEGÓ.

### DE LA TRANSFUSION DE LA SANGRE EN EL CABALLO.

por M. JAMES FARRELL.

Durante el otoño de 1856 y el verano de 1857 una epizootia de influenza, afectando á veces el carácter tifoideo, se cebó en los caballos de una gran parte de la Irlanda. Esta afeccion estaba caracterizada principalmente por una postracion rápida de fuerzas, pero jamás tenia consecuencias mas prontas y fatales que cuando los animales habian sido sangrados ó estado sometidos al uso de los purgantes, cuya accion por muy enérgica espoliaba todavía mucho más rápidamente los enfermos.

Impresionado por la fisonomía particular de la afeccion y desalentado á la vista de las numerosas tentativas hechas sin éxito con diferentes medicaciones, M. Farrell tuvo la idea de recurrir á la transfusion de la sangre principalmente para los animales que habian sido sangrados. Sin embargo, antes de en-golfarse en esta via creyó prudente hacer algunos experimentos á fin de descubrir el medio mas simple, seguro y eficaz para hacer pasar la sangre de un animal á otro. Despues de muchos ensayos, véase el aparato, al cual dá la preferencia. Consiste en un tubo de caoutchouc de dos piés y medio de largo, teniendo de diámetro 7/8 de pulgada, calibre igual al de la yugular del caballo adulto: á sus dos estremidades van ajustados dos tubos de plata encorvados en forma de sifon y ligeramente aguzados en su estremidad libre, á fin de poder penetrar facilmente en la vena. Mientras la operacion dura los dos tercios de este aparato, pasan sumergidos en un vaso estrecho de zinc ó de estaño conteniendo agua caliente.

Estando el aparato convenientemente preparado y los animales sujetos por ayudantes, abre la vena del caballo sano que debe suministrar la sangre é introduce en ella con cuidado uno de los tubos de plata en una direccion de abajo arriba, de modo que pueda recibir la sangre que viene de la cabeza; abierto despues el vaso correspondiente del enfermo, y asegurado el operador de que la sangre fluye libremente por la otra estremidad del tubo, introduce esta con precaucion en la vena y en una direccion de arriba abajo, impidiendo de este modo la penetracion del aire en el tubo.

La cantidad de sangre que hay que transfundir viene claramente indicada por la expresion que toman los ojos y el estado del pulso. Mientras no se manifieste la dilatacion de las pupilas, mientras los movimientos del corazon no son marifestamente influenciados, no hay motivo para interrumpir la transfusion; pero tan pronto como las pupilas se dilatan, es necesario atenuar gradualmente la rapidez del paso de la sangre comprimiendo entre el pulgar y el indice el tubo de caoutchouc. Mas si la dilatacion pupilar desaparece, se deja pasar nuevamente la sangre, y si persiste la transfusion está terminada, si se quiere evitar accidentes graves.

Dos caballos que M. James Farrell habia comprado para hacer sus experimentos y en los cuales dejó continuar la transfusion á pesar de la dilatacion de las pupilas, murieron. En uno de ellos, en quien habia empujado la sangre por medio de una geringa, sobrevino la muerte con mas prontitud; el otro murió á la noche. En la autopsia se encontró una grande congestion del cerebro. El tubo de que se servia dejaba pasar cerca de tres litros de sangre en ocho minutos.

En otro caso feliz la inflamacion de la vena se manifestó en los dos animales, y no tuvo ninguna consecuencia desagradable. Esta complicacion indica claramente las precauciones que hay que tomar en la introduccion de los tubos lo mismo que en la exacta y apropiada colocacion del aparato.

A consecuencia de estos experimentos hechos con el objeto de determinar las reglas bajo las cuales debe hacerse la operacion, M. James Farrell practicó la transfusion en cuatro caballos atacados de influenza. En todos la postracion habia llegado al último grado: tres habian sido sangrados, el cuarto estaba aniquilado por la superpurgacion ocasionada por la administracion de un purgante.

La transfusion fué practicada como queda dicho mas arriba: la cantidad de sangre transfundida en cada uno de ellos fué de tres litros. Inmediatamente despues las fuerzas se reanimaron, la pupila se dilató, los latidos del corazon tomaron mas fuerza; y al cabo de doce horas los animales parecian vueltos al estado normal.

Estos resultados son alentadores y vienen á probarnos una vez mas que la transfusion puede dar consecuencias inesperadas en los casos extremos. A las escuelas toca la experimentacion de este medio en grande escala y poner de relieve el valor de los resultados obtenidos por M. James Farrell.

(Traducido del *Journal des Vétérinaires du Midi*, por MIGUEL VIÑAS Y MARTÍ).

Editor responsable, LEONCIO F. GALLEGÓ.

MADRID, 1858.—Imprenta de Beltran y Viñas.

Calle de la Estrella, número 17.